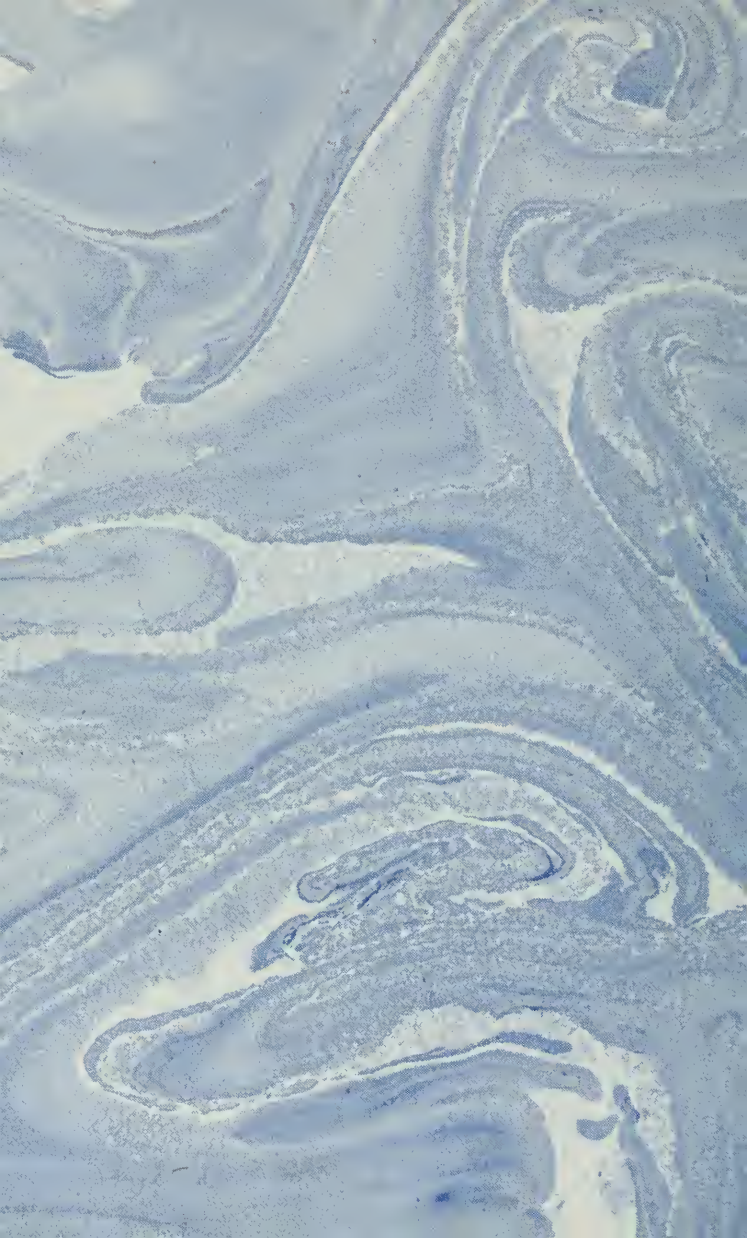
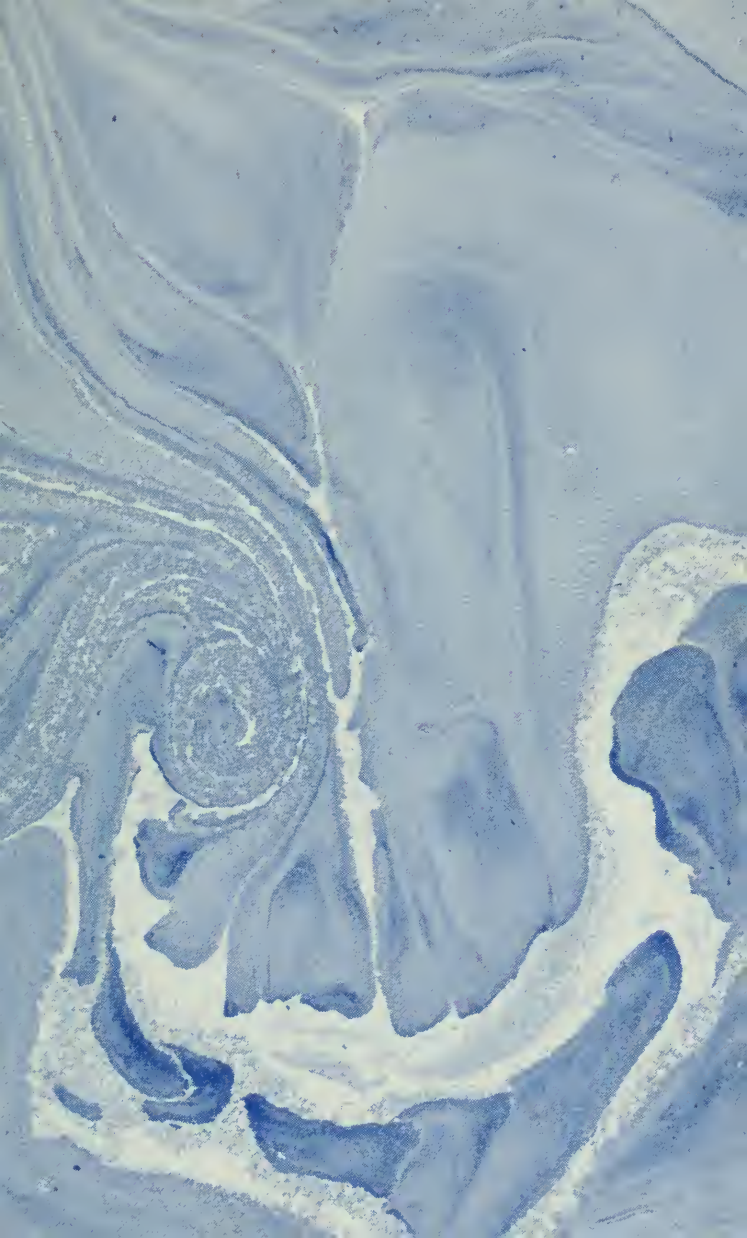


Concepción Gimeno de Flaquer

Civilización de los
Antiguos Pueblos
Mexicanos

Madrid 1890





30



CIVILIZACIÓN DE LOS ANTIGUOS PUEBLOS MEXICANOS



~~~~~  
Es propiedad de su autora,  
y nadie podrá reimprimirla  
ni publicarla.  
Queda hecho el depósito que  
marca la ley.  
~~~~~





CONCEPCIÓN GIMENO DE FLAQUER



CONCEPCIÓN GIMENO DE FLAQUER

CIVILIZACIÓN

DE LOS

ANTIGUOS PUEBLOS MEXICANOS

DISERTACIÓN HISTÓRICA

LEÍDA POR SU AUTORA EN EL ATENEO DE MADRID
EN LA NOCHE DEL 17 DE JUNIO DE 1890.



SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

IMPRENTA DE M. P. MONTOYA

Calle de San Cipriano, número 1.

1890





EXCMO. SR. GENERAL

PORFIRIO DÍAZ

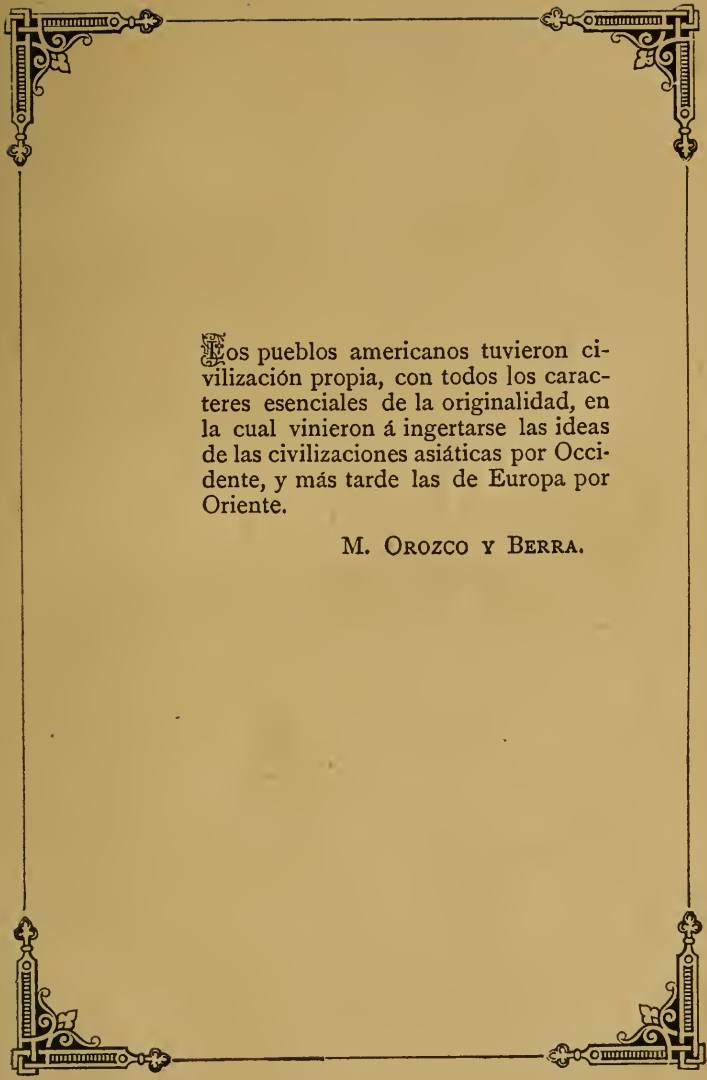
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE LOS ESTADOS UNIDOS MEXICANOS

A Ud., tan amante de la historia
de su patria y tan conocedor de ella,
dedica esta disertación histórica referente á
los pueblos del Anabúac, su afectísima
amiga,

D. B. S. M.,

Concepción Gimeno de Flaquer.





Los pueblos americanos tuvieron civilización propia, con todos los caracteres esenciales de la originalidad, en la cual vinieron á ingertarse las ideas de las civilizaciones asiáticas por Occidente, y más tarde las de Europa por Oriente.

M. OROZCO Y BERRA.



I

PARA formar exacto juicio acerca de los pueblos del Anahúac, no deben consultarse historiadores semejantes á Paw, Dappers y Robertson, que denigran sistemáticamente sin apoyar en ninguna base sólida sus opiniones.

Sabido es que á los indios americanos les ha sido negada hasta la razón por algunos historiadores, y sin embargo, Solís, que es para los españoles en su historia de la Conquista, lo que Virgilio en la Eneida para los Césares y lo que Tito Livio en su historia para los romanos, no puede menos de encon-

trar discreta la contestación que dió un indio á Juan de Grijalba en el río de Tabasco, cuando el compañero de Cortés le ofrecía paz y grandes felicidades si sometía su tribu á Carlos V.

—«No me parece buen género de paz—dijo el cacique,—la que se quiere introducir envuelta en la sujeción y el vasallaje, ni puede dejar de extrañarnos que se nos hable de nuevo señor, sin saber si estamos contentos con el nuestro.»

Algunos viajeros europeos, tal vez por falta de análisis, por rutina hereditaria, ó por lucir frases de efecto, han querido sostener que los indios no eran hombres, sino sátiros ó monos grandes, á los cuales era lícito matar sin remordimiento; pero el examen de la verdad debe buscarse en historiadores

serios, que se respeten á sí mismos, y sean incapaces de asentar absurdos á trueque de parecer originales.

Nada más contrario á las calumnias de algunos escritores, que la autorizada opinión de Fray Juan de Zumárraga, primer obispo de México. En su carta al Capítulo General de Franciscanos, reunido en Tolosa, dice hablando de los indios: *son inteligentes y bastante ingeniosos, sobre todo en la pintura.* El docto Padre Acosta, que vivió largo tiempo entre los indios del Continente Americano, dedica en su excelente obra «Historia Natural y Moral,» varias páginas á demostrar el claro entendimiento que poseían; el famoso Bartolomé de las Casas, que tanto trato tuvo con ellos, dice en uno de los memoriales presentados á Felipe II: *son los*

americanos de ingenio vivo y despejado, bastante dóciles, capaces de admitir toda buena doctrina y aptos para recibir nuestra santa fé y las costumbres virtuosas. El insigne Prelado Julián Garcés, obispo de Tlaxcala, tan alabado por Nebrija, celebra la inteligencia de los indios en su carta á Paulo III; el erudito Padre Durán, se asombra de que vivan en la superstición personas tan *háviles y entendidas*, y por último, Cortés y Bernal Díaz, hablan con encomio de la capacidad de los indios para las artes liberales, pues era tanta la rapidez con que pintaban, que después de la Conquista, sabiendo ya la escritura alfabética, continuaron escribiendo su historia en geroglíficos, por los grandes elogios que tributaban los españoles á sus trabajos pictóricos.

Tan disparatado es el calificativo de bárbaros que se dió á los incas del Perú, como á los azteca (1), y con razón se indigna Zurita, que vivió diez y nueve años en Nueva España, de que se hable tan injustamente de los tenochca.

No porque existiera alguna tribu inculta cual la de los otomite ó chichimeca, es lógico afirmar que todos los pueblos del Anahúac eran bárbaros; en Asia, cuna de la civilización europea, existen todavía tribus salvajes y dispersas.

Tan pronto como los descendientes de Tenoch terminaron sus peregrinaciones y por inspiración de su dios principal Mexitl ó Huitzilopochtli se fijaron en Tenochtitlan,

(1) En el idioma nahuatl la *a* forma el plural y la *tl* el singular.

en 1326 de nuestra era, dejaron de ser trogloditas, construyendo edificios que admiraron á los conquistadores, según puede verse en sus descripciones. El salvaje no atiende más que á las necesidades materiales, y tanto los tolteca, como los acolhua, cholulteca, maya y zapoteca, han dejado claros testimonios de sus aptitudes para el cultivo de las ciencias y las artes, como pienso demostrar, no fiándome de historiadores de gabinete que escriben la historia de los pueblos americanos sin haber salido de Berlín, Roma ó Viena, sino valiéndome de opiniones propias cimentadas en mis observaciones, al visitar las ruinas, archivos y museos de México. Para determinar la civilización de los pueblos, deben conocerse sus monumentos arquitectónicos, las repre-

sentaciones de sus dioses, artes decorativas, estatuaria, alfarería, amuletos, joyas y toda clase de utensilios empleados en la vida doméstica, á cuyo estudio me han llevado mis aficiones arqueológicas.

II

o era necesario que Paulo III declarara racionales á los que tenían fortificaciones (1) tecoallis, que servían de templo y fortaleza, como el acrópolis griego, correos por medio de cuerdas cuyos nudos

(1) Cortés describe minuciosamente las de Cuanhquechollan.

trasmitían perfectamente las noticias, jardines botánicos, tan famosos como el de Huaxtepec, en donde se reunía la flora medicinal, jardines de plantas de ornamentación como el de Tetzcotzinco, y chinampas ó huertos flotantes que maravillaron á los conquistadores, haciéndoles pensar en los jardines aéreos de Babilonia.

Sin conocer el pomposo nombre de hopliística, eran hábiles en estrategia y evoluciones; manejaban con soltura la macana y la rodela, y disparaban diestramente las flechas, como los soldados de Parthía. Sin tener mapas, presentaron al Conquistador la costa del golfo mexicano dibujada en una piel; sin poseer tratados de retórica, tuvieron poetas tan inspirados como Netzauhalcoyotl; sin cátedras de medicina, uno de

sus curanderos sanó al Virrey, D. Francisco de Toledo, desahuciado por los médicos europeos; sin apariencia de archivos ó bibliotecas, formaron en Texcuco y en Tenochtitlan establecimientos en donde se estudiaban documentos hieráticos y cronologías dinásticas, y en donde daban los pintores lecciones de escritura jeroglífica, notable entre ellos, pues como dice Gama, en el jeroglífico aztecatl, hablan hasta los colores. Conocían desde el jeroglífico figurativo, fonético y simbólico hasta el ideográfico, y fabricaron una especie de papiro semejante al de los egipcios, tan bien pulimentado, que ofrecía mejor aspecto que el pergamino. Tuviron libros que se cerraban con dos tablas: los anahtes fueron para la raza mayatl tan sagrados como los libros sibelinós

para los romanos. Consignábanse en los anales el origen de las razas y los pueblos, las guerras, oráculos, eclipses y ritos; así es que trataban de geografía, cosmografía, historia, religión y astronomía. Aquellos hombres, acusados de estulticia, formaron cuatro magníficos calendarios y un ciclo tan exacto, que asombró á los sábios del siglo XVI.

¿Puede negarse civilización á los que tenían escuelas como el *Cuincacalli* (colegio civil), y como el *Calmecac*, (colegio sacerdotal), á los que tenían leyes, muchas de ellas más humanas que algunas de los decenviros; derecho civil, mercantil y penal; órdenes militares y jerarquías, pues del *macehualli* al *teutli* había tanta distancia como del pechero al barón de la Edad Me-



dia; y una organización política que pudo crear la triple alianza de los reyes de Tenochtitlan Tacuba y Acolhuacan, alianza que se mantuvo inalterable por espacio de un siglo.

III



LA raza verdaderamente civilizadora en los pueblos del Anahúac, fué la raza toltecatl descendiente de los nahuatl, raza antiquísima, pues la tierra mexicana puede vanagloriarse de una antigüedad semejante á la de Egipto, ya que las razas *nahoatl*, *otomi* y *maya-quiché* existieron más





de treinta siglos antes de nuestra era, no siendo sin embargo las más antiguas, por que si se han reconocido como autoctónas, es por no haberse podido hallar vestigios claros de otras razas anteriores para la clasificación de ellas. La Paleontología demuestra por los fósiles encontrados en el Continente Americano, que los gigantes-
cos mónstruos antediluvianos vivieron en él, siendo de la misma especie que los de Asia y Europa. Sin referirme á los misteriosos olmeca, cuya existencia, como la de los titanes, queda envuelta en las sombras de la fábula, puedo afirmar que hay sincronismo entre los antiguos pueblos de Asia y América: lo que llamamos Nuevo Mundo, sólo tiene de nuevo el no haber sido descubierto hasta Cristobal Colón.



La más perfecta de las razas, fué la nahoatl, que alcanzó un adelanto muy superior al medio en que vivía: jamás manchó los altares de sus dioses con sangre humana, y si tuvo el sacrificio gladiatorio, éste era menos feroz que algunos juegos sangrientos de los romanos: los nahoa eran fatalistas como los árabes, por eso su hierofante, disculpando al pecador, exclama: *¡No pecó con libertad entera del albedrío, porque fué ayudado é inclinado de la condición natural del signo en que nació!* Su religión fué el sabeismo, la que más se asemeja al monoteísmo, y de la que se derivan las religiones de los babilonios, de los egipcios y fenicios.

Los nahoa dejaron muchas ruinas, las cuales no nos permiten ignorar, que levantaron ciudades, siendo las más notables



Huehuetlapallan, Tollantzinco y el poderoso reino de Tollan ó Tula, fundado en el año 674, que fué emporio de la civilización toltecatl. La fecha á que se remonta la fundación de este reino, da un mentís al escritor que afirmó no existían en el Anahúac á fines del siglo VII más que un corto número de tribus salvajes, que se cubrían con pieles, vivían de la caza y la pesca, refugiándose en grutas subterráneas. Los tolteca, hijos de los nahoa, fueron tan aventajados en bellas artes, que en los siglos posteriores á su desaparición era denominado toltecatl el artista de mérito sobresaliente, por considerarse título glorioso. Más religiosos y artistas que guerreros, vivieron siempre en sociedad, bajo el suave dominio de soberanos que respetaron las leyes. Su



religión era sabeista y zoológica, habiendo tomado de los nahoa el culto de los astros, y de los nonoalca el culto de la mariposa, del buho, del escarabajo idealizado, y sobre todo de la serpiente, como los egipcios, lo cual no es extraño, porque la ofiolatria se encuentra enlazada á todas las religiones paganas.

La raza toltecatl, raza privilegiada, que llegó á un alto grado de esplendor, tomaba de cada tribu lo mejor, y á ese eclecticismo debióse su asombrosa civilización.

En Teotihuacán, su ciudad sagrada que dista seis leguas de México, se han encontrado magníficos frescos policromos, preciosos platos con ornamentación cronológica, ídolos, vasos sagrados y jarras de gran mérito. Puedo mostrar un busto en barro, de dama

toltecatl, engalanada con lujosa toca, collar y orejeras tan bien trabajadas, que no lo desdeñaría un buen artista de nuestra época: dicha reliquia histórica pertenece al período neolítico, ó sea de la piedra pulida. En las ruínas de las famosas pirámides de Teotihuacán, dedicadas á Tonatiuh y á Meztlí, el sol y la luna, han aparecido preciosos monolitos, columnas, chapiteles, fragmentos de cariátides y de muros labrados sumamente bellos. El Padre Sahagún, uno de los mejores historiadores que ha tenido Tenochtitlán, vió un templo toltecatl sostenido por ingentes culebras de pórvido rojo, que causó su admiración. Para el monumento erigido á Cuanhtemoc en el paseo de la Reforma, que se halla en la capital de la República Mexicana, se han copiado fielmente



los estilos aztecatl, toltecatl, zapotecatl y acolhuatl, habiendo resultado una obra arquitectónica tan original y hermosa, que encanta á cuantos la contemplan. El monumento es á la par que un homenaje al valiente emperador aztecatl, una manifestación del arte antiguo.

Merece mencionarse entre las obras de los tolteca el Teoamoxtli, libro divino compuesto por Huematzín y otros sabios de aquella raza: describía la fundación de Tula y sus progresos, las plantas, constelaciones, mitología y el calendario con sus ciclos. El haber tenido los tenochca su año civil tan de acuerdo con el solar, por medio de los días intercalares, como lo tuvieron los romanos después del arreglo de Julio César, débese á los conocimientos astronómicos de la raza toltecatl.



El hambre, la peste, las guerras civiles y religiosas originadas por la reforma en el culto y las constantes emigraciones, fueron debilitando el floreciente reino de Tollán, quedando destruída en 1116 la nación toltecatl y sepultados en sus escombros los testimonios de su civilización, que el espíritu investigador de modernas edades tenía que exhumar, para esclarecimiento de la historia.

IV

o sólo fueron artistas los tolteca; la raza mayatl supo representar en sus esculturas y bajorelieves al cuerpo hu-

mano, con todas sus proporciones anatómicas, llegando á gran altura en artes suntuarias; los cholulteca hicieron barro tan fino como la cerámica florentina, los tarasco brillaron en la pintura en madera y en el mosaico de plumas (Sixto V celebró uno de sus trabajos,) y los zapoteca se distinguieron en la filigrana de plata y en la arquitectura lo mismo que los maya. La raza mayatl quiché tenía en sus construcciones un arco elegantísimo que formaba hoja de trebol; los azteca cultivaron con éxito la astronomía y las bellas artes, siendo legítimos herederos de la civilización toltecatl.

Varios arqueólogos europeos, entre ellos Stephens y Charnay, han ido á la República Mexicana para estudiar sus ruinas. Descuelan entre éstas, las del Estado de Oaxaca,



célebre por ser patria de Juárez y Porfirio Díaz: las ruínas de Mitla, poco distantes de la ciudad de Oaxaca, que revelan haber sido cuatro grandes palacios y un teocalli, cuya plataforma superior sostiene hoy una capilla católica, son tan hermosas, que en opinión del distinguido arquitecto francés, Mr. Viollet-le-Duc, igualan en belleza á los monumentos griegos y romanos de la mejor época. *Los paramentos ejecutados con perfecta regularidad (dice el susodicho), las juntas bien cortadas, los aplanados intachables, las aristas de una pureza sin igual, indican por parte de los constructores, gran saber y una larga experiencia.*

Las ruínas de Yucatán han ocupado mucho la atención de los anticuarios europeos, los cuales han descrito minuciosamente los



monumentos de Izamal, de Chichen-Itza y de Uxmal, en los que sobresalen el palacio de las monjas, palacio del gobernador, casa de las tortugas, casa de las palomas y casa del enano ó del brujo. También las ruínas del Palenque han despertado la curiosidad de los sabios, revelándoles que los artistas que levantaron aquellos monumentos, sabían esculpir la piedra perfectamente.

Las ruínas de Xochicalco tienen muros cubiertos de primores artísticos, y las pirámides de Cholula y Teotihuacán exceden en elevación á la pirámide de Cheops, tan celebrada por los egiptólogos.

V

 Si los tolteca sobresalieron en bellas artes, distinguieronse los acolhua en las ciencias abstractas y naturales: los acolhua ó tezcucano pertenecen á la gran familia aztecatl. Tezcucó fué en su edad de oro, por su política, sus leyes y sus letras, la Atenas del Nuevo Mundo, pudiendo enorgullecerse de haber tenido monarcas tan ilustrados como Netzahualcoyotl y Netzahualpillí, sobre todo el primero.

Era Netzahualcoyotl, legislador como Alfonso el Sabio, moralista como Catón, pa-

triota como Guzmán el Bueno, valiente como Pelayo, fastuoso como un Médicis, poeta como el infante Juan Manuel, galante como un hidalgo de Calderón. Intachable en su conducta, los más graves historiadores, sólo le acusan de un crimen cometido por amor, crimen que quiero juzgar con criterio de mujer, el cual no tiene la severidad de la historia para las culpas amorosas, y me permitirá absolver al simpático monarca indio, que enamorado de la bella Azcalxochitl, hizo lo que David por amor á Betsabé. El Solón del Anahúac reunió en su corte de Tezcuco donde se hablaba el mexicano más correcto, á historiadores, botanistas, poetas y astrónomos, fundando una especie de Academia, en donde se juzgaban las composiciones poéticas, que generalmente tenían por asunto la

moral y la historia. Formábase el jurado calificador de los hombres más ilustrados de su reino, presididos por los reyes de los Estados Confederados, los cuales distribuían premios al mérito con toda imparcialidad. Ixtlilxochitl, miembro de la dinastía acolhuatl, cronista muy consultado por todos los historiadores, describe minuciosamente los certámenes de aquella Academia, y recopila himnos, poemas y canciones, encontrados en los archivos de sus regios descendientes; Veytia y Clavigero hablan con encomio de aquella institución científica y literaria.

Netzahualcoyotl promulgó ochenta leyes tan sabias, que los mexica tomaron muchas de ellas; recto y lógico en todo decía á sus magistrados: *los reyes pueden castigar, pero es indigna de ellos la venganza*. Mostró

su clemencia, cuando al subir al trono, que le fué muy disputado, otorgó amnistía general, perdonando á muchos nobles rebeldes y concediéndoles importantes destinos. Jamás fué tirano; por el contrario, gozábase en su reino de mucha libertad, tanta, que un sacerdote reunía cada cuatro meses á la regia familia, les hacía oír un sermón de moral, y por medio de claras alusiones reconvenía á los príncipes y hasta al monarca si se habían descuidado en cumplir alguna ley, viniendo á ser para éste lo que los éforos para los reyes espartanos.

Conocíase la magnificencia del rey poeta en todas las posesiones pertenecientes á la corona; su residencia predilecta era Tezcotcinco, alto cerro cubierto de jardines, en donde había un buen estanque de agua lím-



pida, que llegaba por un acueducto de algunas millas de largo, atravesando el valle y el cerro, sostenido por enormes pilares de mampostería. En medio de la fuente hallábase una gran piedra, en la que estaban esculpidos varios jeroglíficos que representaban los años de su reinado y los principales sucesos acaecidos en cada uno de ellos, no faltando en la regia mansión cascadas, juegos de agua, baños, pórticos, estatuas y pabellones de mármol. El murmurio de las fuentes, los cantos de mil aves canoras y la fragancia de las flores, deleitaban al melancólico poeta, tan amante de las bellezas naturales, que hacía pintar en los muros de sus jardines, los animales y plantas que no producían la flora y la fauna de sus dominios. Atento, investigador de las causas de





los fenómenos físicos, no creyó en el poder de los ídolos; mas no queriendo luchar contra las generales creencias, limitábase á decir privadamente á sus hijos, que detestaran aquel culto despreciable, dirigido á seres inanimados; que él no reconocía más divinidad que el Creador del cielo, y que si no prohibía en su reino la idolatría, era por conservar la paz, y porque no se dijera que menospreciaba la religión de sus mayores.

Abolió los sacrificios humanos, pero amotinóse la plebe y tuvo que transigir aunque con la condición de no sacrificar más que á los prisioneros de guerra.

En sus aflicciones solía exclamar, volviéndose contra sus dioses: *Estos ídolos de palo y de piedra, que ni oyen ni sienten, mucho menos pueden haber formado los cielos, la*





tierra y el hombre; algún dios omnipotente y desconocido, es el autor de tantas maravillas, sólo Él podrá consolarme y socorrerme. Sus ideas monoteistas impulsáronle á erigir un templo al Dios Increado: dicho templo terminaba con una torre de nueve pisos, cuya bóveda estelífera tenía cornisas de oro.

A este ilustrado Monarca, sucedió su hijo Netzahualpilli, que siguió las inspiraciones de su padre, haciendo construir magníficos edificios y un buen observatorio astronómico.

Inflexible en la justicia, la ejerció hasta en su familia, fué historiador y astrónomo, y tuvo la suerte de morir en 1515 sin ver la ruina del floreciente reino de Tezcucó, en donde existieron los mejores códigos, historias, poemas y doctrinas del Anahúac.



VI



Los azteca en quienes se extinguió la poderosa y antigua raza nahoatl, cultivaron con éxito la poesía y la música, teniendo un teatro en Tlaltelolco, lugar famoso por haber sido el último baluarte contra las armas de nuestro gran Capitán.

No se puede dudar de que fueran arquitectos, pues construyeron palacios, templos, acueductos, puentes y calzadas, ni de que supieran labrar y pulir toda clase de piedras y entallar las rocas: existe en el Museo de México una enorme piedra porfidítica



que tiene 3 metros 35 centímetros de diámetro y 482 quintales de peso, bellamente labrada, la cual está siendo todavía objeto de estudio para los arqueólogos, pues unos la consideran calendario y otros monumento votivo al sol, habiéndose dicho últimamente que debió de estar consagrada á Chalchiutlicue, diosa del agua. Los preciosos vasos sagrados de oro, mármol y alabastro descubiertos en el valle de México, lo mismo que los espejos de iztli, sustancia volcánica, tan dura como el diamante, revelan la habilidad artística de esa raza.

El prelado Zumárraga, encontró en un adoratorio, una esmeralda en forma de corazón, que tenía grabado con raro primor un pájaro al que estaba enroscada una culebra; la piedra era fúlgida y transparente.



La pintura tuvo diversas aplicaciones entre los azteca, pues además de la escritura jeroglífica y artes decorativas, empleóse en los trajes y en los *cactli* ó sandalias de los nobles, como lo demuestra la indumentaria.

En la corte de Moctezuma brillaron los artistas Tocual y Quicaztli, por su inspiración pictórica. Descollaban sobre todo los azteca en la fundición de oro y plata; los primeros objetos que llegaron á Sevilla fueron muy celebrados por los plateros andaluces, según refiere Gama que estaba allí. Torquemada habla de un pájaro maravilloso, que tenía movimiento en la cabeza y en las alas, y de peces con escamas de oro y plata, dotados de elasticidad. Aquellos plateros conocían el crisol, la mufia y el sople-

te; su buen gusto en orfebrería lo atestiguan las ajorcas, collares y bezotes que usaron. Cortés envió á Carlos V varias joyas valuada en 162.000 duros, tan originales y primorosas, que ningún príncipe de aquella época las tuvo mejores.

Contaban con especiales aptitudes para la horticultura: sus huertos de Iztapalapán, en los que había plantas exóticas de sorprendente hermosura, fueron alabados por Cortés en una de sus cartas á Carlos V, por Bernal Díaz en su Crónica y por el doctor Hernández en su «Historia Natural.» En el jardín de Atlixco, descrito por Torquemada, admirábanse raras maravillas; el conde Carli refiere en sus «Cartas Americanas,» que los primeros jardines botánicos que se establecieron en Italia, á mediados del siglo

décimosexto, fueron una imitación de los que existían en el Anahúac. Moctezuma Xocoyotzín enorgullecióse de curar á sus súbditos con las plantas medicinales de sus jardines; los conquistadores aseguraban no haber visto nunca jardines botánicos de tanta importancia como los de Nueva España. Prescott afirma que no existía en Europa un jardín tan magnífico como el de Huaxtepec.

VII



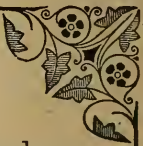
El código de los azteca, inspirado en el que formó el sabio Netlzahualcoyotl, revela tan profundo respeto á la moral,

como pudieran tenerlo los pueblos más cultos. Hallábase la magistratura entre ellos muy bien organizada, teniendo el cargo de juez diversidad de grados, para que se pudiera desempeñar mejor; en Egipto el poder judicial estaba en manos de los reyes y sacerdotes; en Tenochtitlán los jueces eran independientes, con el destino bien retribuído, para evitar el soborno, al que se aplicaba pena de muerte.

Entre los hebreos, el tribunal llamado de los 23 que existía en toda ciudad en que el número de familias pasaba de ciento veinte, decidía en primera instancia de los procesos criminales, que son cuestión de vida ó muerte para el acusado; entre los tenochca, una de las leyes permitía la apelación del tribunal *Tlacatecatl* al *Cihuacoatl* en las

causas criminales, disposición humanitaria que revela la necesidad de gran número de pruebas para declarar á un hombre culpado. Esto hace comprender que aquel pueblo tuvo lo que hoy llamamos Tribunal Supremo, institución de pueblos cultos.

Castigábanse los delitos cometidos contra la naturaleza, por eso no quedaban impunes la sodomía y el incesto: respecto á éste es oportuno advertir que los tártaros se casaban con sus hijas, los persas y asirios con sus madres, los egipcios con sus hermanas, dando ejemplo Isis y Osiris entre los dioses, y Cleopatra y Tolomeo entre los reyes; mientras que en los pueblos de Tenoch, para casarse los cuñados, era preciso que el difunto hubiera dejado hijos, ley que velaba por la suerte de los huérfanos.



Los aztecas castigaban el robo, las leyes de Licurgo al que no robaba con destreza: además del homicidio, castigábanse la mentira, la embriaguez y el adulterio, más severamente el de la mujer, lo cual no revela atraso, ya que en nuestros días la sociedad absuelve al hombre que comete adulterio, dándole el glorioso título de conquistador, y denomina liviana á la mujer en el mismo caso.

Imponíanle al reo de alta traición pena capital, mas no condenaban como los japoneses á toda la familia del regicida: existía diferencia entre el culpable y el culpado, lo que demuestra que eran lógicos, pues no atribuían la misma gravedad al deseo que á la ejecución de él.

En las famosas doce tablas, hubo una ley que permitía á los acreedores descuarti-



zar al deudor insolvente, llevándose cada uno de ellos una parte del cuerpo en pago de la deuda: ésta bárbara ley jamás la tuvieron los mexica.

No trataron á sus esclavos como los espartanos á los ilotas, por el contrario, ningún pueblo de la antigüedad les hizo tantas concesiones; dejaban al esclavo dueño de lo que adquiriría con su trabajo, y el amo no podía venderle sin haber acreditado su indocilidad; el homicidio cometido en su persona juzgábase como si se hubiera cometido en hombre libre.

Las leyes de la guerra, que en los pueblos belicosos no suelen ser atendidas, considerando que es lícita toda estrategia contra el enemigo, fueron muy respetadas entre los tenocha; no prescindieron nunca de las em-

bajadas, para no deber á la sorpresa lo que anhelaban obtener por el valor.

Refiere Montesquieu, que una ley de Atenas, mandaba al declararse en estado de sitio una ciudad, se diera muerte á toda la gente inútil; los azteca ponían en salvo á mujeres, ancianos y niños. Háse dicho que aquellos legisladores fueron crueles para aplicar castigos; tampoco fueron suaves las leyes de Dracon, hijo de la culta Atenas y las de Domiciano, hijo de la sabia Roma. Los azteca jamás emplearon la tortura para arrancar la confesión de la culpa; en vez de valerse de las espantosas pruebas del fuego y del agua hirviendo, ateníanse á la declaración de los testigos y al juramento del reo, que era sagrado, por existir la creencia de que el perjuo irritaba á los dioses.

VIII

DEDUCIR de los sacrificios humanos barbarie en aquellos pueblos es un error, pues esa feroz costumbre existió en pueblos cultos. La poética Grecia, que tenía por precepto unir á lo bello lo bueno, inmolaba á Júpiter y Marte víctimas humanas; en Esparta tuvo que prohibirlo Licurgo, pero hasta su época se ensangrentaron los altares de Diana: Temístocles degolló á dos mancebos para tener propicios á los dioses en la batalla de Salamina; el bravo Aristodemo sacrificó á su hija, dando oídos á un

oráculo para vengar la muerte de un guerrero mesenio, y lo mismo hizo Idomeneo, héroe troyano.

Los romanos sacrificaron víctimas humanas en honor de los dioses lares; Augusto, gran político y protector de las artes y las letras, después de haber derrotado á Marco Antonio, inmoló en el altar de César deificado á 400 caballeros y senadores romanos del partido enemigo; Nerón, asustado por un cometa, sacrificó á varios patricios para aplacar las iras celestes; Antinoo se sacrificó por el emperador Adriano; Heliogábalo inmoló á los niños pertenecientes á la nobleza romana en los misterios sirianos; los cartagineses y fenicios sacrificaban tan tiernas víctimas una vez al año.

Los tirios inmolaban en sus calamidades

públicas á los hijos más amados; los ammonitas quemábanles en honor de Moloch; los cretenses obsequiaban á Zeus con tal presente, lo mismo que los tesalios al Centauro Quirión, los galos á Teutale y los germanos á Tristón.

En las famosas ruinas de Persépolis se han encontrado relieves que revelan la costumbre de los sacrificios humanos, lo mismo que en los magníficos sepulcros de los reyes de Tebas; lo que demuestra que en los pueblos de la antigüedad no fué incompatible la civilización con tan abominables costumbres.

Los azteca sacrificaban á los criminales y prisioneros de guerra, mas no á individuos de su familia; no existió entre ellos un Erecteo que inmolará á su hija.

Por espantosos que hayan sido los sacrificios humanos en América, no fué menos terrible la Inquisición establecida en Europa en el siglo XV; entre los mexica el sacrificio humano no existía por ferocidad de instinto sino porque lo consideraban glorioso; entre ellos dignificaba, como el duelo en nuestros días. El rey Chimalpopocatl condenóse al sacrificio, para borrar la afrenta que le había inferido uno de sus hermanos. Moctezuma permitía que á las puertas de su imperio se mantuviera independiente la república de Tlaxcala, sólo por tener víctimas para los dioses.

Relatar la historia de las supersticiones de los pueblos, sería referir la historia de la humanidad: el egipcio, adorando los ajos y cebollas, es tan ridículo, como cruel el drui-



da clavando un puñal en las entrañas del vencido para deducir los augurios, de la sangre de la víctima. Las supersticiones de los pueblos del Anahúac, no fueron impúdicas; el sabio Brasseur, hace notar que encontró el phalo símbolo de la fecundidad en las ruinas de Yucatán, en variedad de posturas y que ninguna de ellas era obscena; en cambio los persas se postraban ante Mithra deshonestamente, los caldeos ante Milytha, los armenios ante Anaitis y los griegos ante Vénus. En Chipre como en Cilicia, Vénus y Adonis daban pretexto á prácticas escandalosas; y en las fiestas temoforias de Atenas, cometíanse mil liviandades, cual en las fiestas eleusinas.

Respecto á la antropofagia en el Nuevo Mundo, recuérdese que los arqueólogos han



encontrado en las cavernas de la época prehistórica, tanto en Francia, como en Inglaterra, Alemania é Italia, huesos humanos, roídos por el diente humano. La antropofagia nació en los pueblos americanos, más que de ferocidad, de ideas extraviadas; unos creyeron que comiendo los miembros del héroe, del justo, ó del sabio, adquirían sus cualidades; especie de metempsícosis ó trasfusión; otros pensaban que era el mejor modo de reverenciar á las personas queridas, librar el cadáver de la descomposición pútrida; los más vieron en la antropofagia, el complemento del sacrificio y de la unidad religiosa, fundados en que todos los que participaban de la misma víctima, formaban un mismo cuerpo; así es que el sacerdote de Huitzilopochtli comía la carne que

creía santa, como lo afirma Fray Juan de Torquemada, respetable historiador que vivió en Nueva España desde su juventud hasta su muerte.

El verdadero caníbal, es el que come la carne humana constantemente por placer, prefiriéndola á todo manjar; el aztecatl comía la únicamente por cumplir con sus ritos religiosos, cuando esa carne se había santificado en el ara, y preparándose antes con ayunos y oraciones, lo que indica que era para él una especie de comunión.

IX

 NTRE las calumnias históricas que han pesado sobre los azteca, la más disparatada es la de cobardía. Necesítase



gran ignorancia ó muy mala fe para negar á aquellos hombres el valor.

Aficionados á la guerra, como los espartanos, su vida era una preparación para la muerte: consideraban glorioso morir en la batalla, pensando que después vivirían en la región de Tonatiuh, mansión del sol, gozando de venturas inefables. Al nacer el niño aztecatl, armábanle de rodela y flechas, indicando que su primer deber era ser valiente, y el padre lo ofrecía á Huitzilo-pochtli, dios de la guerra.

El ideal de los azteca era pelear por sus dioses y por su patria: el soldado que no había hecho cautivos, no podía usar rico traje; las hazañas del guerrero conocíanse á primera vista en el lujo de su armadura: el terrorífico sonido del *Teohuéhuetl*, que



desde el teocalli apercibía á la batalla, era para ellos la más dulce melodía.

Los *quachic* y *tequihua*, terribles cual las falanges macedónicas y las legiones romanas, los caballeros del sol, de la serpiente y del águila eran tan valerosos, que cada uno de ellos se atrevía á luchar con veinte hombres: todos los premios, honores y homenajes se concedían al valor, al valor que fué la primera virtud del aztecatl.

Como en Egipto, disputábanse el soldado y el sacerdote el poder, el príncipe no podía subir al trono si no se referían de él muchas proezas. Era tan natural entre ellos vivir guerreando, que habiendo pasado en paz algunos meses, díjole Moctezuma al general Tlacaelel: *Páreceme que desde hace largo tiempo estamos ociosos.* Tal pasión por la

guerra hizo que extendieran sus conquistas, formando un imperio tan poderoso y fuerte, que no hubiera podido derribar el esforzado Cortés apesar de su denuedo, sin el auxilio de los indios que se le aliaron.

El soldado de Tenochtitlan, buen militar como el persa, era tan patriota como él. La historia ha conservado, entre otros rasgos, uno del héroe Eznauácatl, que lo demuestra; prisionero de los chalca, ofreciéronle hacerle rey, y contestó que no aceptaba corona ni vida de un pueblo enemigo de su patria; no pudiendo conseguir la libertad de sus soldados, matóse en presencia de ellos, recomendándoles que murieran con valor.

Los que se atrevieron á luchar con Cortés, con el génio de la guerra, los que contando con armas inferiores á las de los españoles,



supieron defenderse tan largo tiempo, tienen muy ganado el título de valientes. Hablando de la defensa de Tenochtitlan, dice el verídico Bernal Díaz, soldado del conquistador: *He leído la destrucción de Jerusalén, mas si en ella hubo tanta mortandad como ésta, yo no lo sé.* Todos los historiadores afirman que el aspecto de la ciudad era horroroso; sus edificios quemados y destruídos por la zapa, convirtiéronse en montón de ruínas sangrientas que cegaban los canales y obstruían las comunicaciones; no podía ponerse el pie más que sobre miembros mutilados y cadáveres, el hedor era insoportable á causa de los cuerpos reducidos á putrefacción, quedaron los árboles sin hojas y sin corteza porque las arrancaban los hambrientos, y en medio de cuadro tan desolador, los azteca, flacos, ama-



rillos y sucios, peleaban hasta perder el último aliento con el furor de la desesperación, viéndose sin dioses, sin padres, sin libertad y sin patria.

Itzcoatl, Tetlepanquetzal, Tlahuicole, Coanacoch, Cacama, Tlacochealca, Cuitlahuac, Tlatlati, Huanitzin, Quetzaltzin y Coboxh merecen ser cantados por Homero: cuando dijeron á Coboxh que se rindiera porque había llegado la hora señalada por los augures, repuso: *¿Qué importa que el tiempo se haya cumplido, si no se le ha gastado á mi dardo el pedernal de su afilada punta?*

Superior á estos héroes, es Cuauhtemoc, que puede denominarse el último de los azteca, como fué denominado Filopemen, el último de los griegos.

X



UAUTHEMOC, el vencido de Cortés, ostenta la gigantesca talla del vencedor: el asedio de Tenochtitlan duró 75 días, apesar de tener el Conquistador doscientos mil indios aliados, novecientos españoles, seis mil canoas, doce bergantines, ochenta caballos y 17 tiros de artillería, mientras el Emperador aztecatl defendía la plaza sin víveres, con escasas armas arrojadizas, y apoyando su planta, que nunca vaciló, sobre ruinas y cadáveres.

El esforzado campeón de los azteca que



apenas contaba 25 años de edad, cuando le sitió Cortés, estaba dotado de figura arrogante y gallarda, manejaba la macana y la rodela con gran soltura, vestía el tilmatlí (1) con donaire, y su elegante casco adornábase con ricas plumas de quetzal. Subió al trono, no como afortunado sibarita para gozar de los favores de la suerte, sino trocando el cetro por el dardo, teniendo que disputar palmo á palmo la tierra de sus mayores á hueste extranjera. No necesitaba Tirteos que inflamaran su bélico furor, jamás preguntó cuántos eran sus enemigos, sino dónde estaban: su flecha, semejábase á la flecha encantada de Abaris, su dardo

(1) Capa india.



á la poderosa lanza de Astolfo, su macana
á la espada del Cid.

Cuauhtemoc es superior á Milciades en Maraton, á Temístocles en Salamina y á Leónidas en las Termópilas, porque la lucha de Tenochtitlan fué cual la batalla de Flegia en Thesalia, batalla de dioses y gigantes. Sin poseer las orgullosas teorías de los estóicos, supo ser insensible al dolor; por eso cuando Cortés le ofrecía capitulación, cual los jantios, arrojaba combustible en las hogueras que habían de destruir sus hogares, pronunciando, como dice su inspirado cantor, el poeta mexicano Eduardo del Valle, las siguientes frases:

«En nuestros bravos corazones arde
El patriótico amor inextingible,
Y no fué vano ni ostentoso alarde
Aceptar esta lid cruda y terrible.

Nunca el Anahíac cederá cobarde
 Su tierra al extranjero aborrecible,
 Que no logra el poder de sus cañones
 Vencer á sus indómitas legiones.

»Vuelve y dí á tu señor, que mientras tanto
 Quede un hombre con vida en esta tierra,
 Os mandará la muerte y el espanto
 A la sagrada voz de ¡patria y guerra!
 El entusiasmo varonil y santo
 Que en nuestras almas férvidas se encierra,
 Hará que conquistemos la victoria
 Cubriendo á la nación de eterna gloria.

»Dí á tu señor que los azteca fieros,
 Antes que indigna paz, quieren la muerte;
 Que acabarán cual cumple á los guerreros
 Si los destina á perecer la suerte.
 Que serán impotentes los aceros
 Del enemigo numeroso y fuerte,
 Mientras le quede á mi robusta mano
 Un dardo vengador para el tirano.»

Al ser conducido Cuauhtemoc ante Cortés
 en la memorable fecha 13 de Agosto de
 1521, díjole con energía: *Ya que no tuve la
 suerte de morir en la batalla, toma este puñal
 y quítame una existencia que de nada sirve*

á mi patria. En el tormento no flaquea su ánimo un instante, y cuando el rey de Tlacopan, su compañero de infortunio, le dirige una mirada pidiéndole permiso para hablar, no teniendo ya fuerzas para soportar el espantoso suplicio del fuego, respóndele con desprecio: *¿Acaso estoy yo en un lecho de rosas?*

Cuauhtemoc, héroe y caballero, pudo decir como el templario, el primero en entrar en la batalla, y el último en abandonarla. Aguila significa su nombre, y águila fué por supujanza: con él acabó una raza y una civilización, y si no tuvo una sepultura donde brotara la melancólica flor del (1) *tzompa-*

(1) Tzompaxuchitl, flor de los muertos, semejante á una rosa amarilla.

xuchitl, tan querida del aztecatl, su recuerdo es hoy para el mexicano, poderoso talismán que le hace invencible.

XI

A consideración concedida á la mujer, es buen termómetro para graduar la cultura de los pueblos, y el estudio de esa consideración debe buscarse, cuando de pueblos politeistas se trata, en la mitología, esencia poética de las religiones. Habiendo encarnado los paganos sus virtudes y vicios en los seres de su teogonía, estudiar á la mujer mística es estudiar á la

mujer real. Veamos la representación que tuvieron en el Anahúac la diosa y la mujer, ya que ambas se confunden.

Los azteca desde el principio de sus peregrinaciones, siglos antes de la fundación de Tenochtitlan, llevaron en su compañía á Coatlicue, madre de Huitzilopochtli, su dios principal, tributándole homenajes; queriendo honrar á Malinalxochi, hermana de este dios, dan su nombre á un pueblo. Acapol, mujer de Tetzcatzin, es elegida para colocar la primera piedra en la ciudad de la tribu-chalca, y la viuda de Mitl, príncipe muy culto, sube al trono de los tolteca, recibiendo acatamiento.

La diosa Coatlicue, llamada también Cihualcoatl y Quilaxtli, no solo es madre de

Huitzilopochtli, sino madre de los hombres y los dioses; poderosa como la Hécate de Hesiodo concede todos los dones, es invocada cual Minerva para alcanzar la victoria, distribuye la gloria cual Eufeme, y tiene con Huitzilopochtli la representación de la patria, lo que denota la asociación de la mujer á la vida pública del hombre.

Su templo dentro del gran teocalli, era el panteón de los dioses; consagrábanle un día fausto que se denominaba la fiesta de las fiestas; tenía á su servicio á las Cihuatlamacas-que, cuerpo sacerdotal semejante al de las vestales, instituído por Itzcoatzín, cuarto rey aztecatl, y al sacerdote supremo llamado Cihuacoatl que tomaba este nombre de la diosa. Notoria es la importancia del



Cihuacoatl, forma parte del Tlatócan, consejo del rey, y cuando éste marcha á la guerra ocupa el trono.

Entre las diosas á quienes tributaron mayores homenajes los antiguos pueblos mexicanos, figuraron Toci, que con el nombre de Chicomecoatl, presidía á la generación de las plantas; Citlalcueye, ó sea la del falde-llín de estrellas, creadora de los astros, Yo-hualticitl (1), protectora de los niños y las cunas; Tzapatlatenan, diosa de la medicina; Ixazalboh, inventora de los tejidos; Xobitum, diosa del canto; Chalchiuhtlicue, de los mares, lagos y cascadas, y Xochiquetzal, la diosa más interesante en la mitología aztecaatl.

(1) Llámanla Xoalticitl algunos historiadores.





El nombre de esa divinidad significa flor preciosa, porque se compone de la palabra *xochitl* flor y *quetzal*, pájaro brillante, que simboliza la belleza; preside á las bellas artes, á las flores, á la hermosura y á los castos amores. Su mansión era el *tamoanchan*, paraíso donde existía el mágico arbol llamado *xochitlicacan*, cuyas flores hacían fieles á los amantes. Parece que en aquellos tiempos fué bastante un solo arbol de las prodigiosas flores; hoy no nos bastaría todo un bosque.

Representaba á la diosa, una estatua de madera figurando hermosa joven, vestida con lujosa falda de colores, y túnica azul salpicada de floripondios: roja diadema de cuero con plumas de quetzal adornaba su cabeza, ostentando ricos zarzillos de oro



en las orejas, joyel de piedras finas en la nariz, ajorcas en brazos y piernas y cetro de flores en la mano. El día que le estaba consagrado, denominábase *xochilhuatl*, fiesta de las flores: en ese día los pintores, plateros y tejedores, llevaban á los altares de la diosa los utensilios de sus respectivos oficios para ofrecérselos. Su templo, situado en el gran teocalli, enriquecíase con ofrendas artísticas. Solemnizábase con la mayor pompa en honor suyo, el nacimiento de las primeras rosas y la muerte de las últimas, y dedicábasele también el ameno baile de las rosas, para el que levantaban un pabellón cubierto de las más fragantes: mientras bailaban unos, otros, disfrazados de pájaros y mariposas, subíanse á los árboles preparados para la fiesta, y saltaban de rama en



rama fingiendo que absorbían el rocío de las flores. La creación de la diosa Xochiquetzal, bella como una concepción del arte griego, revela la poética fantasía de los azteca y su entusiasmo hacia el sexo femenino.

XII



COMO se ve, la religión y la poesía fueron favorables á la mujer, en todos los pueblos de la antigüedad: en el Génesis, en los Vedas, y en el Talmud, dispénsase protección á la mujer: esto se expli-



ca; la institución de la familia es esencialmente religiosa y desde que se constituyó la familia tuvo importancia la mujer: los dioses lares y penates crearon el hogar y la familia; el Cristianismo, la más perfecta de las religiones, santificó la familia y el hogar. En Grecia las costumbres encerraron á la mujer en el gineceo, las leyes negáronle hasta el derecho de heredar, la filosofía proclamó su inferioridad respecto al hombre y en el mismo momento histórico, la religión le erigía altares, y la poesía la elevaba hasta el Olimpo.

Nunca fué tan enaltecida la mujer como entre los héroes de Homero: *no es honrado el que no honra á su mujer, dice Aquiles; ningún bien terrenal es tan grato como la buena esposa*, añade Ulises. La mujer de

Alcinoos comparte con su marido los honores, y cuando sale á la calle ofrécenle los hombres acatamiento. ¡Hermoso homenaje tributado á la mujer, antes que las cortes de amor despertaran el espíritu de galantería, que animó á los caballeros de la Edad Media. El pueblo griego, enamorado de la belleza, encarnó á la mujer en sus creaciones artísticas; los ancianos troyanos que han perdido á sus hijos en la guerra, al ver á Helena, exclaman alborozados que es justo pelear por tal mujer. París y Menelao, dos veces rivales, entablan sangrienta lucha porque es Helena el premio señalado al vencedor; Priamo, padre de Héctor, lamenta las desgracias ocasionadas por la hermosa espartana, mas en vez de culparla increpa á los dioses.



La poesía antigua simbolizó en el sexo femenino todas las virtudes: el tipo de Antígone revela la piedad filial y fraternal, la hija de Edipo es báculo de su padre, endulza las amarguras del ciego en la vejez y cuando Creonte prohíbe que se dé sepultura al cuerpo de Polínice, Antígone le tributa honores fúnebres apesar del anuncio de condena por su desobediencia. Hécuba representa el sentimiento maternal, como Eurídice la fidelidad en el amor y Penélope la castidad en el matrimonio. ¡Cuán tierna es Enone, cuán bondadosa Nausícaa, cuán sabia Enríclea y cuán prudente la maga Circe que le muestra al marino los escollos ignotos! ¿Quién no verá en la apasionada Andrómaca, en sus copiosas lágrimas por la muerte de Héctor, la desesperación de la



enamorada esposa, al perder á su dulce dueño? ¿Quién no adivinará en Minerva, representante de la belleza, la fuerza y la discreción, el ideal de la mujer perfecta?

Púdica como la diosa de los antiguos mexicanos, era la mujer; ni una ni otra se despojaban nunca del *cueyetl* (1) y *huipilli* (2).

Confiaban la medicina á la diosa Tzapatlatenan en las enfermedades del sexo femenino, porque tenían en mucho el pudor; por tal motivo, la *ticitl* ó comadrona desempeñaba importante papel. En el momento de recibir al recién nacido arengaba á la madre recordándole sus deberes, y pronunciaba una oración que tenía por objeto pedir á los

(1) Enagua india.

(2) Especie de blusa ó túnica corta.

dioses valentía para el varón y virtud para la hembra. El discurso dirigido á la niña prolongábase más, terminando con estas frases: *Habéis de estar dentro de casa como el corazón dentro del cuerpo; habéis de cuidar la ceniza con que se cubre el fuego del hogar y las piedras en que se pone la olla; prepararéis la comida, hilaréis el algodón, tejeréis trajes y esteras y moleréis el maíz.*

La primera cualidad de la mujer, después de la virtud, era el amor al trabajo; educábanla en la honestidad y recogimiento, inspirándole mucho respeto á los dioses y sacerdotes, á sus padres y á los ancianos.

La mujer no fué esclava del marido; era una compañera á la que nunca abandonaba, permitiéndole participar con él de los azares de la guerra; en las pinturas de los antiguos



indios vése en el campamento á la mujer llevando armas para el marido.

La mujer madre gozaba de muchos privilegios, pues si moría en el parto, tributábanle los mismos honores que al guerrero vencedor; con tal respeto á la mujer, no es posible fueran bárbaros los azteca, pues la consideración á la mujer suaviza la ferocidad de las costumbres y es gérmen de civilización.

La maternidad no era en aquellas mujeres el ciego instinto que se revela en los brutos, sino un sentimiento delicado: no existía la lactancia mercenaria, teniendo hasta las reinas la obligación de criar á sus hijos, si disfrutaban de buena salud.

Los consejos de una madre aztecatl á su hija, recopilados por el padre Sahagún y



trascritos por Prescott y Clavigero, son tan discretos, que no fuera posible darlos mejores á una madre culta de nuestros días: ellos encierran todos los deberes de la mujer, con reglas de moralidad, higiene, economía doméstica y táctica social muy acertadas.

La mujer azteca^{tl} dió claros testimonios de su inteligencia: basta citar la famosa Malinche para demostrarlo.

XIII

INGÚN historiador ha hecho justicia á Doña Marina, á la inteligente mujer, que siendo consejera de Hernán Cortés,

le ayudó á conquistar el poderoso imperio de Moctezuma, suavizando los rigores del vencedor para con los vencidos, libertando á los españoles de las asechanzas de los indios, siendo mensajero de paz y de amor entre los opresores y oprimidos, aura bendita que refrescó la abrasada frente de los desgraciados.

En el sangriento cuadro de la conquista, destácase la dulce, la simpática Malinche iluminada por suaves resplandores: ella es el tipo más noble, más generoso, más tierno, más sublime. Si la figura de Cortés necesita el Popocatepetl por pedestal, la ígnea luz del relámpago por aureola y la voz del trueno por canto, la delicada figura de la bella Malinche, debe contemplarse con luz de alborada.

No busquéis la verdadera fisonomía moral de Doña Marina en los archivos, porque no la encontraréis; los cronistas mexicanos no hablan de ella con el entusiasmo que debieran, porque no le han perdonado su adhesión á los conquistadores; los cronistas europeos le dedican escasas líneas, pensando tal vez que la gloria de una india á nadie interesa; unos y otros le han negado en la historia la brillante página que merece; pero quien cual yo se consagra á exhumar celebridades femeninas y ha recorrido los lugares que ella habitó, viendo alzarse su hermosa silueta vigorosamente dibujada por la leyenda y la tradición y engrandecido su recuerdo por la poesía popular, expresión sincera del más férvido entusiasmo; quien conoce la ardiente imaginación de los indios propensos á

creer en transmigraciones como lo fueron sus antepasados, y sabe que todavía sueñan verla en la ola de murmurio sollozante, en el melancólico rayo de la luna y en el ave de más triste canto, no puede permitir que su memoria se desvanezca como fragante esencia, ligera nube, onda espumosa ó tierna melodía.

Novelesca fué la vida de Doña Marina, hija de gran señor, uno de los poderosos feudatarios de Moctezuma II; la hermosa india pertenecía á la nobleza; cedida por su madre á unos mercaderes con objeto de propagar su muerte para que su hijo predilecto adquiriera las riquezas que á Marina pertenecían, la hidalga que debía heredar el señorío de Painala, convirtiéndose en esclava del rey de Tabasco. Cuando Cortés hizo la paz con

los tabasqueños, fuéle regalada entre otras bellas jóvenes; descollaba Marina sobretodas, por sus finas maneras, por su talento, y por la tristeza á que le condenaba la pérdida de su alto rango. Doña Marina fué magnífica adquisición para Cortés, pues poseedora de las lenguas aztecatl y mayatl, entendióse con Aguilar que sabía ésta. En breve aprendió la joven india el castellano, pudiendo cumplir la misión que el cielo les señalara para favorecer á los españoles. Enseñaba á éstos la geografía del país y con habilidad política, digna de un buen diplomático, hizo á los totonaca y tlaxcalteca aliados de Cortés. Doña Marina, lejos de ser un intérprete vulgar que traduce lo que oye sin comprender su intención, dictaba contestaciones oportunas, analizando la verdad ó falsía de las pro-

posiciones hechas al conquistador. No es que intentara condenar á los indios á la esclavitud; ideales más nobles alentaba: instruída en la religión católica aborrecía á los ídolos, considerando que sus hermanos de raza no podían salvarse con los sangrientos ritos que practicaban, y quería someterlos á los españoles para que adoptaran su religión reconociendo al verdadero Dios.

Enamorada de Cortés, seguíale á todas partes y sin perder las cualidades afectivas inherentes al sexo tierno, mostraba carácter viril en los peligros, curaba á los heridos y alentaba á los que desfallecían, no aceptando el descanso más que en la hora de la victoria. Cuando los zempoalteca, aliados de Cortés, se cansaban de combatir, ella les dijo: *No os desaniméis, que el Dios de los cristia-*



nos, que es el verdadero, está con nosotros y hará que triunfemos. Hablando de Doña Marina, exclama Bernal Díaz: ¡Jamás vimos flaqueza en ella sino muy mayor esfuerzo que de mujer!

¿Cómo no había de despertar el interés de Cortés aquella inteligente y valerosa joven, de grandes y rasgados ojos negros, de blancos dientes y breve pie? Esbelta, de arrogante apostura, vistiendo blanca túnica bordada en colores, adornado su largo y abundoso cabello con perlas y corales, semejaba poética nereida que abandona su palacio de esmeralda, en las profundidades de los mares. Pronto la que le fué presentada como esclava, transformóse en reina de su corazón. ¡Oh, sublime poder del amor! Tú nivelas todas las diferencias de raza y clases, aproxi-





mas á los séres más antitéticos, armonizas los caracteres más divergentes, las naturalezas más opuestas. Para tí no existen antípodas, ni tiempo, ni distancias.

El amor sublimó á Doña Marina; no hubo virtud que no le hiciera practicar: por amor á Cortés se hizo cristiana y valerosa, convirtiéndose en ángel tutelar de los españoles.

Enlazada estrechamente al Conquistador, los episodios de la vida de éste forman la suya: ella conferencia con Embajadores y Generales, ella descubre la feroz trama urdida por los cholulteca para exterminar á los conquistadores y convierte en triunfo la indefectible derrota; ella aparece en el espantoso combate de la *Noche Triste*, ella recuerda á Moctezuma antiguas profecías des-



pertándole supersticiones que le muevan á entregar la tierra, acompaña al Emperador para que arengue á los indios desde el cuartel de los españoles, sigue á éstos en el desafortunado viaje á Honduras, y en la desgraciada expedición á las Hibueras, é implora por Cuauhtemoc cuando cae prisionero, consolándole en los últimos momentos de su vida.

¿Es justo negar importancia histórica á la que con una frase podía cambiar la suerte de millares de hombres, á la que en unión de Cortés dió á Carlos V más provincias que ciudades tenía España, á la que fué númen protector de los conquistadores y árbitra de los pueblos invadidos?

Los españoles llamábanle *la lengua*; el alma debieran haberla llamado, porque Doña



Marina fué el más poderoso elemento para la Conquista.

Nada justifica la acusación de traidora que algunos han dirigido á esta mujer: ¿qué patriotismo puede esperarse en donde unos pueblos son tributarios de otros, en donde no existe unidad política, ni constitución nacional, en donde viven los hombres separados, no sólo por la diversidad de cultos, sino por celos de raza, orgullo de tribu y superioridad de mando?

Por cima de estos argumentos, quiero invocar en defensa de Doña Marina otro más poderoso: como para la mujer la vida es el amor, la mujer no puede tener más patria y religión que la patria y religión del hombre amado. ¿Es sorprendente que Doña Marina se sintiera fascinada por Cortés, cuando los



más valientes guerreros indios le denominaban dios? ¿Cómo no adorar á aquel sér sobrenatural, que según frase de ellos disponía del rayo? Tampoco merece censura su inocente alarde de ser la primera mujer americana que tuvo un hijo del conquistador; en aquella época y en la aristocrática Inglaterra, un hijo de Mme. Davenant, hecho caballero por Carlos I, escribía á lord Rochester: *Sabed una cosa que honra á mi madre, soy hijo de Shakespeare.*

No podía considerar Doña Marina culpa su amor, cuando sacerdotes y soldados la respetaban, cuando nadie se atrevió á decirle que su amante era casado, y aun cuando lo hubiera sabido, ¿no tenía ante su vista el espectáculo de la poligamia, privilegio de los nobles azteca? Créase Doña Marina úni-



ca mujer de Cortés, porque la religión del conquistador imponía la monogamia. ¡Con qué ardor, con qué entusiasmo debió de abrazar la apasionada india la religión, que no le permitía á su amante más que una mujer! Empero esa religión, que era para ella la del amor, esa religión que en su sentir le concedía derechos exclusivos, tenía que hierla de muerte, arrebatándoselos.

Al llegar á México, Doña Catalina, esposa legítima de Cortés, y verla compartir con él un trono que ella le había ayudado á conquistar, al verse desdeñada por aquel á quien salvara tantas veces la vida, exponiendo la suya, ¡cuán amargo debió de ser su llanto, cuán terrible su desesperación!

Realizada la conquista y no siendo necesaria Doña Marina á la gloria y ambición





de Cortés, digéronle que la ambición de éste no le permitía vivir por más tiempo en el pecado. ¿Qué pensaría la inteligente india, del tardío despertar de aquella conciencia? Atormentada por los celos y por la ingratitud de su amante, todavía se atrevieron á hablarle de remordimientos y de expiación. ¡Expiación! ¿Qué tenía que expiar? ¿Acaso la culpa de los que habían fomentado tácitamente su afecto?

Muerta repentinamente Doña Catalina, y conocida la enemistad que entre ambos cónyuges existía, alzáronse graves acusaciones contra Cortés, despreciólas éste, preocupado nada más con su viaje á España; mas cuando lo preparaba, tuvo que marchar á Honduras, porque Olid se había sublevado: necesitó de nuevo á Doña Mari.



na para intérprete, y la generosa mujer que recibiera mil desdenes, no pudiendo negarse al deseo del hombre á quien tanto amaba, se incorporó de nuevo al ejército español. Al pasar por Coatzacoalco, detuviéronse para conferenciar con varios caciques, salió la madre de Doña Marina con su marido á saludar al Conquistador, y al reconocer á la hija que había hecho pasar por muerta con objeto de que el hijo predilecto heredara el Señorío que á aquélla pertenecía, se desmayó: la influencia de Marina sobre los que fulminaban el rayo de la guerra, le espantaba. Abrazó Doña Marina á su despiadada madre y después de tranquilizarla con cariñosas frases, le aseguró la propiedad del Señorío que le había usurpado. ¡Grande fué el asombro y enterneci-

miento de los que presenciaron ese acto! Continuó el viaje á Honduras y creyendo el vulgo que se habían reanudado las relaciones amorosas entre la india y el Conquistador, tomaron incremento las calumnias contra éste, que ya iba perdiendo popularidad: para apaciguar la opinión exaltada en contra suya, Cortés exigió de Doña Marina se uniera con lazos indisolubles á uno de sus capitanes. ¡Espantoso suplicio para un corazón apasionado!

¡Abnegación, sacrificio y amor!; hé aquí sintetizada la historia de Doña Marina, víctima de la ambición de Cortés, la historia de la mártir que conoció todos los dolores del amor y sólo uno de sus goces, el de la maternidad. Cortés como Goethe, como Byron y como la mayor parte de los hom-



bres célebres, cometió grandes iniquidades en amor.

No puedo olvidar que cuando llevaban á enterrar el cadáver de la bella Pompadour, Luis XV, que se hallaba contemplando el caprichoso espectáculo ofrecido por copiosa nevada, exclamó: *mal tiempo le hace á la Marquesa para su viaje*. ¿No os parece tierna esta oración fúnebre?

Al ir Cortés á España para recibir gloria y honores, creyó cumplir bien con Doña Marina, regalándole algunas propiedades. Dió un puñado de tierra á quien le había dado un reino. ¡Qué espléndido donativo! Doña Marina no ambicionaba títulos ni riquezas, ambicionaba amor; y el amor sólo puede pagarse con amor, porque no admite otra moneda.



España no debiera escatimar elogios á la mujer que contribuyó con Cortés á engrandecer el poderoso imperio de Carlos V; México no debiera negarlos á quien fué ángel protector de los indígenas, ni la Iglesia Católica á quien fué entusiasta propagandista de su religión; ¿mas cómo extrañar que la historia haya sido ingrata con Doña Marina, si Hernán Cortés no menciona una vez siquiera á su consejera en las cartas dirigidas al Emperador?

Me he detenido á referir los méritos de Doña Marina para demostrar que la mujer del Nuevo Mundo no era inferior en facultades morales é intelectuales, á la mujer europea, si se atiende al medio ambiente en que vivía.

XIV

PUEDE afirmarse que la condición social de la mujer, fué mejor en el Anahúac que en todos los pueblos de la antigüedad. La mujer despreciada en Numidia, cazada en Cafrería, flagelada en Arcadia, vendida entre los etíopes, prisionera entre los turcos, esclava en Babilonia, negado su sér espiritual en China, arrojada á las fieras entre los caspianos cuando vieja, inmolada en la tumba del marido masageta y quemada en la hoguera por los deudos

del marido catheense, fué respetada como mujer y como madre en el Anahúac.

Entre los israelitas, que como es sabido, declararon á la mujer, al niño y al esclavo, incapaces de conocer los misterios religiosos, la mujer no podía repudiar al marido; pero sí el marido á la mujer, porque ésta era una adquisición del hombre: el historiador Josefo despidió á su mujer, madre de tres hijos, porque no le gustaban sus maneras; la Academia Hillel, que tenía gran fuerza de ley entre los rabinos, enseñaba treinta años antes de la venida de J. C. que para asegurar el derecho de repudiar á la mujer, era bastante razón el que hubiera condimentado mal los alimentos: entre los azteca la mujer no era repudiada ni por esterilidad; á pesar de esto, la esposa legíti-

ma continuaba disfrutando de todas las prerrogativas. Los musulmanes daban el título de esposas legítimas á cuatro mujeres; los azteca, á una sola, aun cuando tuvieran el número de concubinas que les permitía su riqueza. A diferencia de otros pueblos en los que la mujer no fué jamás heredera ni legataria, la mujer aztecatl heredaba, cual su hermano, aunque éste era el representante del Señorío heredado.

En todos los países orientales, la mujer está obligada á casarse, porque al hacerlo paga una deuda al Estado; entre los azteca casábase cuando se lo indicaban sus padres, contando para ello con su voluntad. Al casarse no era comprada; el marido ofrecía algún obsequio á la familia de la novia, como prueba de simpatía y consideración. Nunca

pudo quejarse la mujer aztecátl cual la mujer árabe, de los rudos trabajos á que estaba condenada; jamás tuvo su marido el derecho de darle golpes á proporción de la cantidad que por ella entregara á su padre, como sucedió en Arabia, ni tampoco formó parte del botín repartido entre los vencedores.

No era envidiable en Egipto la situación de la mujer, pues estaba obligada á sustentar á sus padres ancianos, quedando el hombre libre de tal deber; tampoco fué más feliz en las Galias, en donde según Estrabón, debía trabajar para su dueño mientras vivía, y enterrarse con él para servirle en la otra vida.

Entre los vándalos y los hérulos el envilecimiento del sér más débil era inevitable, porque daban preponderancia á la fuerza.



Ni en Arabia, ni en Mauritania existieron nunca escuelas para la mujer, porque no se creyó necesaria su educación; en el Anahúac extimóse en tanto su honor y su cultura, que las escuelas para el sexo femenino eran dirigidas por matronas acreditadas de experiencia y de buena reputación: estas escuelas con las de los hombres estaban cerca de los templos; pero no había comunicación entre individuos de distinto sexo, pues cualquier descuido en este punto era severamente castigado. Enseñaban á la mujer á tejer, á hilar, el baile, el canto y la lectura de los jeroglíficos.

Para corroborar mi aserto referente á la condición superior de la mujer entre los azteca con relación á otros pueblos, dirijamos una mirada hacia la sabia Grecia.





El hombre griego vivía siempre fuera del hogar, á la mujer le estaba prohibido salir de él: no existiendo vida doméstica, el matrimonio no era para los griegos más que un deber que el Estado imponía al ciudadano; por eso decía Platón: *No sentimos inclinación hacia el matrimonio; necesitamos que nos lo imponga la ley.* Recibía el hombre brillante instrucción; la ciencia de la mujer debía consistir en no ver, oír, ni hablar; en guardar la casa y obedecer al marido. Cultivar la inteligencia femenina era deshonoroso, porque sólo las cortesanas, las heteras eran ilustradas. En la belicosa Esparta no se pensó más que en el desarrollo material de la mujer, para que pudiera dar vigorosos hijos al Estado; en la refinada Atenas, la mujer no tuvo más misión que satis-





facer la sensualidad del hombre. Los griegos compraban sus mujeres, sobre las que ejercían una autoridad, igual á la ejercida sobre los esclavos. Puede comprenderse la suerte de la mujer griega, recordando este aforismo de Aristóteles: *El esclavo no tiene voluntad, la del niño es incompleta, la de la mujer impotente.*

¿Fué más feliz la existencia del sexo femenino en la culta Roma? Veámoslo: la mujer romana no podía salir á la calle sin guardianes y sin llevar cubierto el rostro: el matrimonio era una adopción civil del hombre hacia la mujer, constituyéndose el marido en dueño absoluto de sus bienes y persona; ni la muerte de éste dábale libertad, pues sus parientes mandaban en ella, y á falta de éstos un tutor testamentario.



La mujer no podía adquirir bienes por donación, no podía ser heredera ni legataria; ni aun sus hijos le pertenecían, porque la mujer era una propiedad que fructificaba para su dueño.

Rómulo invistió al marido de un poder tan absoluto, que le permitía el derecho de vida y muerte sobre la esposa. En aquella época vióse privada la mujer hasta de la libertad de casarse en segundas nupcias.

Numa suavizó un poco la tiranía ejercida en el sexo femenino, modificando el derecho de tutela, permitiéndole heredar á sus padres y estableciendo el matrimonio por dote; á pesar de esto no adquirió la mujer más dignidad: su misión única en el matrimonio era la reproducción de la especie. En



tal concepto, adornábanla en el día de su boda con guirnaldas de verbena y mandrágora, símbolo de la fecundidad, que expresaba claramente el papel que la esposa tenía que representar.

Los famosos decenviros, después de igualar la mujer á una propiedad mobiliaria, establecieron que era prescriptible. Así como el dominio de las cosas muebles, dice Macrobio, se adquiere por un año de posesión, este mismo tiempo es bastante para prescribir la mujer y hacer válido el matrimonio. La esterilidad de la mujer era no sólo causa legal de divorcio, sino hasta obligatoria; y como si esto no fuera bastante, la ley Voconia, hizo más pesadas las cadenas que arrastraba la mujer, la cual, privada de los pocos derechos concedidos por Numa,



vióse desposeída de la herencia paterna, aun siendo hija única.

En el Imperio de Augusto, el menosprecio hacia la mujer, continuó en el mismo grado que en la época del triunvirato: el espíritu de las leyes de entonces, es profundamente sensualista é inmoral y en donde prepondera la corrupción de costumbres, carece de importancia la mujer. Era inevitable la degradación de la familia, estando el amancebamiento regularizado por la ley, y lo estaba de tal modo, que si el matrimonio era infecundo el amancebamiento con hijos, tenía todas las preeminencias sobre aquél. Por eso exclamaba Trachallo: *¡Oh, leyes celosas protectoras del pudor, permitís que la concubina disfrute la cuarta parte de nuestra sucesión, y en ciertos casos sólo con-*

cedéis á la esposa legítima la décima parte.

El divorcio y el repudio se extendieron tanto, que agobiado Augusto por el sinnúmero de males que ocasionaban, refrenó el divorcio, decretando que no se efectuara sin la aprobación de siete ciudadanos. Esta fué la ley más moral que produjo el código, desde Augusto hasta Dialeciano.

Tristísima era la situación de la mujer en el decantado siglo de Augusto : si estéril la repudiaban; si tenía hijos, pertenecían al Estado. El desprecio á la mujer fué tan grande, que Terencio y Apuleyo nos presentan padres que al despedirse de sus mujeres para un viaje, dejándolas grávidas, les encargan que si nace hembra le den la muerte.

En resumen, el legislador romano tenía



nulificada á la mujer: por subordinación ó por inferioridad estaba sentenciada á tutela perpetua.

Entre los griegos y romanos que no reparaban en prestar la esposa, podían matarla cuando les convenía: entre los azteca la esposa adúltera era castigada por la ley; el marido no se apropiaba esas facultades. Por ningún motivo podía ser repudiada entre ellos la mujer legítima, la cual era partícipe de los bienes del marido, llegando en algunas tribus hasta heredar el Señorío.

Queda sentado que los antiguos americanos, injustamente llamados bárbaros, fueron más lógicos, más morales y más humanos para la mujer que la brillante Atenas y la poderosa Roma.



Los azteca supieron por intuición que la mujer es la civilizadora del género humano, porque sobre sus rodillas se forma la sociedad, porque comunicando su fe da aliento para grandes empresas, porque es la inspiradora de las grandes virtudes y los grandes heroísmos; es algo más que musa, sibila, pitonisa ó ángel, porque es madre.

Con este divino carácter influye tanto en el hombre, que de un libertino hace un santo, cual sucedió con Clotilde y Mónica, madres de Clodoveo y Agustín: por eso se ha dicho que al presentar Calderón y Corneille aquellos admirables tipos femeninos, pensaban en sus madres.

Es tan grande la importancia de la mujer, que para poderse denominar un pueblo honrado, necesita que sus mujeres sean vir-

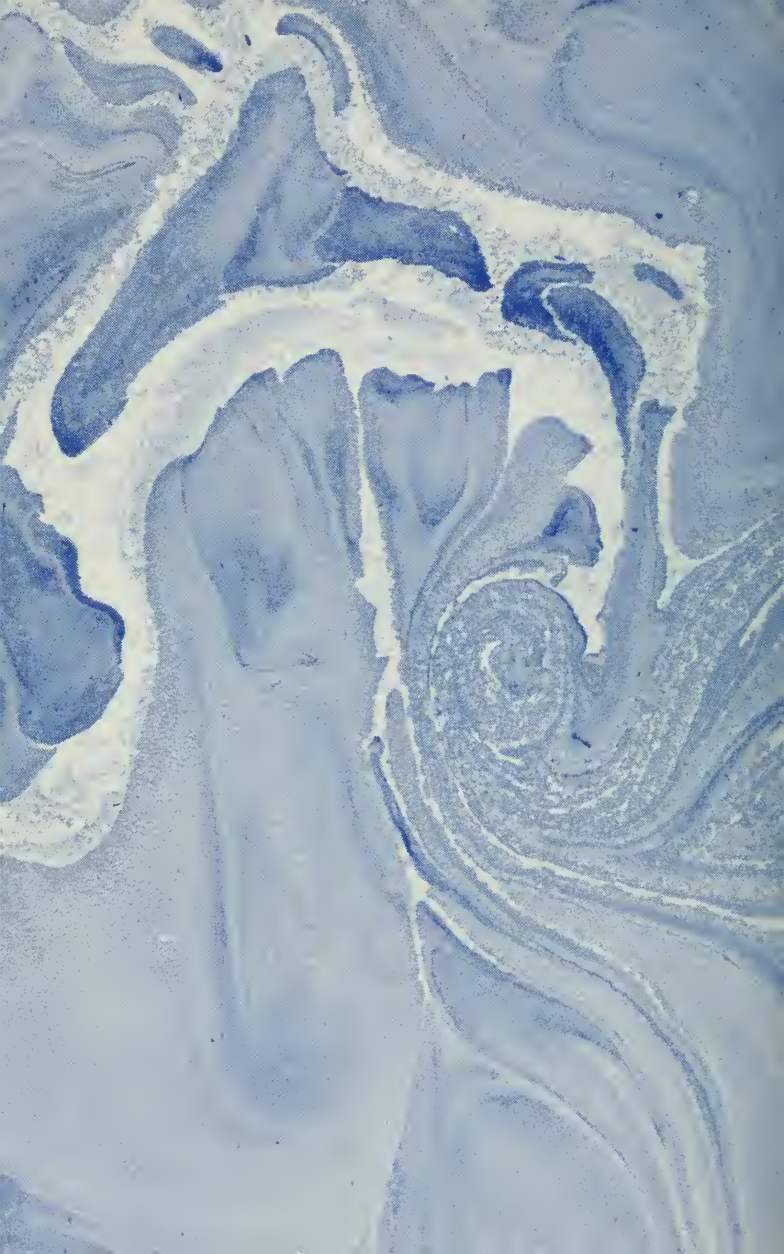
tuosas. Inútil fuera querer escapar al suave yugo femenino: todos los grandes hombres han tenido su ninfa Egeria, lo que denota que ni la política, ni las ciencias, ni las artes, son ajenas á la influencia de la mujer.

Beatriz da un cielo á Dante; Fornarina belleza á las vírgenes de Rafael; Laura, inspiración á Petrarca; Frine anima el cinzel de Praxíteles y la elocuencia de Hipérides; el reformador Péricles es reformado por Aspasia; el austero Sócrates vencido por Diotima; el espiritualista Platón por Arqueanasa, y el triunviro Antonio pone á los pies de Cleopatra el Imperio de Oriente, con cuyo hecho cambia de faz el mundo antiguo.

En el fondo de todos los grandes acontecimientos encontraréis una mujer: Judit li-

berta á los hebreos de la tiranía, por Lucrecia se derrumba el trono romano, la sangre de la casta Virginia cimenta la libertad de los plebeyos, Valumnia impide la demolición de la ciudad de los Césares, por Octavia espira una República, Genoveva detiene el furor de Atila en las puertas de París, Berenguela defiende la ciudad de Toledo, Juana de Arco la de Orleans, Agustina la heroica Zaragoza, María Pita el puerto coruñense, y nuestra gran Isabel derroca con la cruz á la media luna, y hace surgir del Océano un nuevo mundo, preparando á Cortés la conquista del Imperio de Moctezuma, en cuya obra es ayudado por Doña Marina, que la completa, propagando entre los indios nuestra religión.

FIN DE LA DISERTACIÓN HISTÓRICA





GETTY CENTER LIBRARY



3 3125 00041 9933

